

## RESEÑAS

---

THOMAS CALVO, *Vencer la derrota. Vivir en la sierra zapoteca de México (1674-1707)*, México, El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 2010, 2298 pp. ISBN 978-607-7764-36-6

Este libro es resultado de un viaje a Oaxaca. En 2004, Thomas Calvo, Beatriz Rojas y Jean Meyer llegaron a la ciudad de Oaxaca; cada uno traía bajo el brazo un tema diferente de investigación. A Thomas Calvo le inquietaban dos preguntas: ¿de qué manera la monarquía católica española había mantenido su poder sobre una vasta extensión de América y regiones importantes en otros continentes, apoyada en una tecnología que no había variado mucho en lo fundamental desde el imperio romano y en recursos humanos que no superaban los 15 a 20000 funcionarios, hacia 1645? Otra curiosidad se transformaba en motor de su investigación: hacia 1692 el planeta se había visto sacudido por fuertes turbulencias, metereológicas, frumentarias y epidémicas, que trajeron consigo una serie de sacudidas sociales y políticas.

Guiado por estas dos inquietudes penetró en el pasado de la sierra zapoteca de Oaxaca. ¿En qué forma se había ejercido el poder en esta sierra tan agreste? ¿Las turbulencias de fines del siglo xvii habían sacudido a esta región? La Sierra Zapoteca se localiza al noreste de la ciudad actual de Oaxaca; era el territorio de la antigua alcaldía mayor de la Villa Alta, región famosa por los repartimientos de los alcaldes mayores.

Un hecho único ayudaba en su intento de búsqueda: la existencia del increíble Archivo Judicial de la Villa Alta. La documentación del archivo judicial aparentemente no ofrecía una respuesta a la segunda inquietud, pero sí tenía el mérito de abrir el camino hacia la vida cotidiana de un centenar de pueblos localizados en las inclinadas laderas de la sierra, pueblos que en realidad jamás habían sido totalmente dominados desde el exterior.

La riqueza y el detalle de información que el archivo proporcionaba eran increíbles; gracias a esto Thomas Calvo lograba acercarse a los destinos individuales de los poblados zapotecos y sus vidas. Poblados en los que la opresión española se ejercía de un modo un tanto difuso: se apoyaba principalmente en numerosos auxiliares indígenas de la villa de Analco, barrio mexicano anexo al pequeño asentamiento español de la Villa de San Ildefonso de la Villa Alta y en indígenas pertenecientes a las mismas comunidades. Debo decir que otra de las razones por las cuales el poder español se ejerció en toda el área fue la misma conflictividad de los pueblos zapotecos que una y otra vez acudieron al alcalde mayor de la Villa Alta y a la misma Audiencia buscando un fallo favorable en sus reyertas.

Al acercarse a ese universo de pequeñas comunidades destacaba entre 1674 y 1707 un pueblo, Yasona, por los numerosos pleitos referidos a esta comunidad y sobresalía sobre todo la rebelión de los poblados cajonos que mostraba con gran dramatismo a ese mundo indígena que luchaba por mantener su independencia del poder español y por conducir su vida ritual

a espaldas de los escasos representantes del poder español en la sierra.

A la vez, su acercamiento a la vida de las comunidades de la sierra lo condujo a un mundo nada idílico, un mundo de élites en pugna constante por el poder, de lucha entre facciones al interior de las comunidades, en las que la voluntad popular, el peso de los macehuales, tenía gran fuerza y cada día se veía juntar el común de los pueblos en contra del dictamen de sus propios alcaldes. Tensiones en la élite que desembocaban en más de una ocasión en el asesinato de sus alcaldes, en conflictos constantes entre facciones que llegaban al extremo de que sus miembros se cruzaban en la calle y no se saludaban. Tales hechos son reveladores de una intensa práctica política dentro de ese microcosmos caracterizado por rivalidades viscerales, elecciones para puestos del cabildo muy reñidas, comunidades que viven en una situación de constante agitación por las intenciones políticas de sus parcialidades, viejos caciques que se matan unos a otros y ayuntamientos dominados por plebeyos. Éste es el panorama de pleitos constantes entre 1674 y fines del siglo xvii. Thomas Calvo no concluye a partir de estos hechos que exista una sociedad en decadencia y desorientada; cita ejemplos de cómo las comunidades son conscientes de su importancia económica como productoras de mantas, cómo en 1653 logran conseguir la destitución de su alcalde mayor, y de cómo en 1660 una parte importante de la alcaldía mayor estuvo a punto de sublevarse al igual que los zapotecos de Tehuantepec.

La realidad cotidiana de las comunidades es brutal y desconcertante. Realidad en que Calvo logra penetrar gracias a la riqueza y detalle de las fuentes, que dejan ver la intimidad del hogar y las tensiones y pleitos entre las comunidades. Las pugnas políticas no son las únicas que agobian la vida de las comunidades; las tensiones y pleitos por la tierra son constantes, por ejemplo, una comunidad toma tierra de sus vecinos argumentando que le

falta espacio para el cultivo. La difícil organización de la tenencia de la tierra, extremadamente fragmentada en cientos de parcelas, tiene una lógica que permite aprovechar el escalonamiento ecológico de la sierra, pero a la vez parece ser uno más de los motivos de innumerables pleitos por linderos. Otro problema relacionado con la tenencia de la tierra es la aparente contradicción entre el sentido de colectividad que a menudo tenemos de la vida en los pueblos y los numerosos testamentos que localizamos en los archivos. ¿Eran estas tierras de los testamentos tierras privadas, o eran en parte tierra de los linajes nobles? ¿Qué derechos tenía el cacique sobre la tierra de la comunidad, o era un derecho que había perdido hacia tiempo, a fines del siglo xvi? El tema de los pleitos es muy complejo y amerita un estudio más profundo. Thomas Calvo acertadamente lo menciona para completar el panorama de la sierra, pero conviene señalar que es un tema cuyas aristas más finas están aún por estudiarse.

Los detalles de los documentos le permiten a Thomas Calvo adentrarse en la cotidianidad de la gente. ¿Cómo era su vida, sus casas, qué bienes poseían, qué indicios tenemos de una aculturación material en la sierra para los años 1674-1676? Las casas de los barrios eran muy sencillas; en los testamentos lo único que se enlista es precisamente la tierra dividida en numerosas parcelas, y es sólo a raíz de litigios judiciales que es posible saber que la casa servía de almacén de maíz y de tabaco, que la vida era muy rudimentaria. Salvo las casas de los caciques, con techo de teja y cuadros de los santos, casas que albergan valiosos instrumentos de trabajo como una coa de metal y un machete, caballos de carga, porque aquellos que han logrado combinar el trabajo en el campo con la arriería tienen mejor nivel de vida. Resulta un mundo con muy poca aculturación en la vida económica; un mundo en el que conviven sin aparente contradicción, en las mismas manos, imágenes de santos con librillos de cantos y del calendario antiguo de las veintenas.

Uno de los grandes aportes del libro es mostrar cómo la cohesión y la ayuda mutua son centrales en la vida comunitaria, por ejemplo, si una casa se quema o se destruye se necesita la ayuda de los familiares y vecinos de la comunidad para reconstruirla, pero esto no implica que la vida interna de la comunidad sea un nido de amor; al contrario, se ve desgarrada entre facciones en las que todo el mundo está involucrado: la comunidad encarcela a sus alcaldes y a un gobernador. Calvo muestra a través de pasajes de la vida cotidiana la tremenda conflictividad que existía en los pueblos y hecha por tierra la visión de un mundo ideal indígena. Sumerge al lector en el torbellino de las luchas fratricidas que tienen lugar en las comunidades. Un mundo en el que los alcaldes del cabildo indígena encuentran sus peores adversarios en el mismo cabildo y en las que divisiones en facciones en el pueblo, que se acusan entre sí de derramas injustificadas; todo hace parecer que lo importante no es aclarar la verdad sino tener un argumento para proseguir la lucha política. Estos detalles de la vida comunitaria lo llevan a dudar del funcionamiento del cabildo indígena y de las elecciones municipales. Muestra con claridad la existencia de un poder indígena interno en las comunidades en constantes tensiones. Los mismos caciques son dueños de una retórica para autoelogiarse y hablar de un buen gobierno y de su lucha contra los vicios y malas costumbres, pero a la vez son autores de robos y negocios ilícitos. Y ellos mismos tratan de expulsar a sus enemigos a terrenos en que se encuentren fuera de la ley y también de la memoria colectiva. Se autoproclaman descendientes de los antepasados desde su primitiva gentilidad mientras que a sus enemigos los rebajan al nivel de simples machuales.

Thomas Calvo destruye la idea de un poder español omnipotente para sustituirlo por una figura que a la vez es respetada e impugnada. Un poder lleno de contradicciones, por un lado casi venerado y a la vez frágil, como muestra el caso de un alcalde ma-

yor que va a ver un pleito por tierra en Choapan y es agredido y se ve obligado a pedir ayuda en las alcaldías mayores vecinas. El pueblo que por una parte puede amenazar a su alcalde mayor en un pleito por tierras y por otro parece aceptar las presiones del repartimiento de mercancías que funciona con las constantes amenazas y abusos de los alcaldes mayores y sus ayudantes. Alcaldes mayores que imponen como gobernadores en los pueblos a sus clientes.

Hasta el momento tengo mis dudas de si Thomas Calvo logró responder satisfactoriamente a la segunda inquietud que lo guiaba al inicio de su investigación, pero mostró con creces la complejidad y la violencia de la vida provinciana. Es cierto que en los pueblos existe y existió una importante relación de ayuda mutua; una diplomacia de relaciones entre ellos a través de visitas mutuas en las festividades del santo patrón, de la guelaguetza entre pueblos para ayudarse en labores importantes como la construcción de un templo o de un puente, pero estas relaciones se ven cortadas abruptamente por los constantes conflictos por tierras, conflictos que no son otra cosa que una lucha de poder, conflictos por años y décadas. Y esa vida de relaciones intercomunitarias también se ve afectada por esa constante lucha entre facciones. Conflictos ambos, los agrarios y los políticos, que han sobrevivido hasta el presente y que si bien no implican una sociedad en decadencia sí indican una tendencia hacia la fragmentación y una mayor dificultad para lograr proyectos comunes.

María de los Ángeles Romero Frizzi  
*Instituto Nacional de Antropología e Historia, Oaxaca*